

—No me equivoco, sois vos, mi joven amigo. ¿Qué dia-
lo hacéis á estas horas en el Cours?

Mario, acometido por una sorda cólera, ya cerraba los
puños, cuando reconoció la voz del señor Girousse.

—Me estoy paseando...—respondió con acento inseguro.

—¡Vamos! os paseáis...

Miró á Josefina, pero más se fijó en Felipe, envuelto en
el gabán.

—Yo conozco á ese,—murmuró.

Y añadió:

—¿Queréis que os acompañe? Parece que deseáis salir
de Aix, y las puertas no se abren para todos. Yo conozco
á un guarda. Vamos.

Mario aceptó agradecido. El señor Girousse hizo abrir
la puerta sin dificultad. No dirigió ni una palabra á los jó-
venes. Cuando estuvieron en la plaza de la Rotonda, es-
trechó la mano de Mario.

—Volveré á entrar por la puerta de Orbitelle,—dijo.—
¡Buen viaje!

Y murmuró para sus adentros:

—Mañana será cosa de ver la cara que pondrá Cazalis.

Mario miró con emoción alejarse aquel hombre genero-
so, que ocultaba su bondadoso corazón bajo formas áspe-
ras y desabridas.

Ismard esperaba á los fugitivos en el birlocho. Felipe
quiso conducirlo, para que le diese de lleno el aire de la
noche. Sentía un goce particular experimentando el mo-
vimiento del ligero vehículo entre la sombra. La rápida
carrera le hacía disfrutar mejor las delicias de su libertad.

Llegaron después las efusiones, las confidencias. Josefi-
na y Mario confesaron su amor á Felipe, y cuando habla-
ron de su próximo enlace, entristeciése éste, pensando en
Blanca.

Mario lo adivinó; le dió noticias de Blanca, y prome-
tió velar por ella durante su ausencia. Iba, además, á
ocuparse activamente en alcanzar su gracia. Ni él, ni
Josefina, dejarían de pensar en el desterrado.

Al día siguiente, Felipe, apoyado en la banda del barco
que le conducía á Génova, tenía fijos los ojos en la costa
de San Enrique. Más allá de las azules olas, velase como
una mancha gris: era la casa donde la desgraciada Blanca
lloraba su triste suerte.

TERCERA PARTE

I

El complot

Cerca de dos meses después de la evasión de Felipe, en
una tranquila tarde de Febrero, Blanca se paseaba lenta-
mente. Iba á anochecer. El mar estaba apenas agitado por
el viento de la noche ya próxima. Lo templado de la ve-
cina primavera percibíase en el aire límpido.

Bajo el cielo azul del mediodía hay tardes de invierno
casi tan calurosas como las de verano.

Andaba la joven á lo largo del acantilado, mirando có-
mo la noche crecía, tñiendo las aguas de azul casi negro,
cuyos quejidos iban dulcificándose.

Estaba muy cambiada. Apenas tenía diecisiete años, y
la terrible fatalidad la doblegaba, la hacía palidecer como
una difunta. El vigor, la vida ligera y descuidada ha-
bían desaparecido en un mar de lágrimas. Aproximába-
se la época en la cual iba á ser madre, y andaba débil,
vacilando, oprimida por su desesperación más que por
el peso del niño.

A algunos pasos de distancia, la seguía una mujer seca
y tiesa, como un guardián sigue á un galeote. No la perdía
de vista, vigilaba todos sus movimientos. Aquella mujer
era una nueva aya, que el señor Cazalis había dado á su
sobrina hacía pocas semanas. El diputado estaba entonces
en Marsella, á donde había acudido al saber que se aproxi-

maba el alumbramiento. Quería encontrarse allí para vigilar. Irritábale aquel bastardo, que iba á entrar en su familia. Ya había echado sus cálculos, deseaba tan sólo ejecutar el plan formado desde mucho tiempo.

Lograda una licencia, cuando pudo ir secretamente á la casita de San Enrique, juzgó que su sobrina no estaba bastante segura. Si quería realizar sus proyectos, era preciso que fuese enclaustrada. El aya primera que había elegido, le pareció demasiado débil, harto complaciente. Llegó á saber que una joven iba casi todos los días á conversar con Blanca, y esto le inspiró gran temor. Entonces confió la vigilancia de la casita á una carcelera, que á nadie dejaría entrar y le daría cuenta fiel de los más nimios incidentes.

La señora Lambert, el guarda femenino, era muy á propósito para tal papel. Solterona, devota sin caridad, tenía la rudeza de los corazones mezquinos, la sorda maldad de los que nunca amaron. Sabía que Blanca había cometido una falta de amor, y esto la volvía cruel, implacable, pues los hombres todos la despreciaban. Cumplió con todo rigor el mandato del señor Cazalis, vigiló á la prisionera con astucia diabólica, produjo en su derredor una completa soledad, despidiendo á los que se le aproximaban.

La ramilletera, por supuesto, tuvo que renunciar á sus visitas.

Una sola persona era admitida, el padre Chastanier, pero la carcelera arreglábase de modo que oía todo lo que el sacerdote decía á Blanca.

Aquella noche, logró la joven la gracia de dar un corto paseo á la orilla del mar. Su alumbramiento estaba próximo y le producía mareos y vahidos que calmaban el aire libre.

De pronto, cuando iban á volver, vieron en el estrecho sendero una silueta negra, que hacia ellas venía.

La señora Lambert sintió un miedo atroz, pero no tardó en reconocer al padre Chastanier.

—Vamos pronto adentro,—dijo la carcelera.—Mejor estaréis para hablar en el recibidor. El aire ya empieza á refrescar demasiado.

—Aquí estamos bien,—murmuró Blanca.—Unos momentos más.

Y dió un leve codazo al padre para que apoyara su deseo.

—Es cierto,—dijo él,—la noche es muy templada,

Tomó el brazo de la joven y añadió:

—Pasaremos un rato como dos amantes... Señora Lambert, si teméis resfriaros, podéis entrar en la casa... pronto iremos también nosotros.

La carcelera no chistó, pero continuó vigilando á su prisionera: veinte resfriados habría sufrido antes que perderla de vista un instante. Lo que la molestaba mucho era el ruido de las olas, que le impedía oír lo que decían Blanca y el cura. La primera decía:

—Cuántas gracias os debo por haberme facilitado este instante, en que me es dable hablaros con libertad. Mi encarcelamiento se va estrechando más y más.

—Esperad, hija mía,—respondió Chastanier,—pronto estaréis libre y podréis obrar según vuestra conciencia y vuestro corazón.

—En mí no pienso, he renunciado á todas las alegrías, tiemblo sólo por la criatura que voy á tener muy en breve.

—¿Y qué podéis temer?

—¿Qué se yo? Algo debe de maquinarse para esclavizarme así.

—Exageráis tal vez.

—No: sabéis que digo la verdad. No me engaño: una desgracia amenaza á mi hijo. ¿Queréis ayudarme á salvarle?

—Calmáos. Ya sabéis que os soy enteramente adicto.

—Para mí ya nada me importa, pero quiero que mi hijo sea feliz.

—¿Qué puedo hacer yo?

La señora Lambert habíase poco á poco aproximado. Blanca oyó sus pasos y dijo en voz sumamente baja:

—Rogad á Josefina que venga aquí mañana á las seis y púese á mi lado sin que la pueda reconocer la señora Lambert.

Al día siguiente, Blanca y su guardiana paseaban á lo largo del acantilado, á la puesta del sol. Durante la mañana y por la tarde, la joven se había quejado de fuertes dolores de cabeza, estando encerrada en su habitación.

Más tarde, fingió vahidos y mareos, con el objeto de salir á tomar el aire en la costa.

La señora Lambert, desconfiada, estaba cerca de ella, proponiéndose no ser víctima de la jugarreta de la vispera. Blanca, de vez en cuando, miraba ansiosa el camino de Marsella.

Al anoecer, vió desde lejos, en ese camino, á una mujer envuelta en un mantón provenzal, cuyo rostro ocultaba un ancho pañuelo de indiana. Por su andar vivo y ligero, adivinó que era la persona que esperaba.

Adelantábase rápidamente la mujer. Al pasar, tropezó con Blanca, la cual, le entregó una carta, murmurando:

—Os suplico cumplir.

El dulce rostro de Josefina apareció un instante bajo el pañuelo con sonrisa consoladora, llena de promesas de desprendimiento. Después, alejóse la ramillettera con su paso ligero, como había venido.

La señora Lambert nada había visto, nada había comprendido.

II

El plan del señor Cazalis

Como decía Blanca, si su tío no hubiese tenido algún proyecto, no la habría enclaustrado de aquella manera.

El deseo de ocultar el embarazo de la joven, no justificaba el exceso de precauciones tomadas por el señor Cazalis para aislarla y tenerla completamente en su poder. El papel odioso de la señora Lambert, la actitud grave y severa del diputado, la vida solitaria que le hacía llevar, todo decía á la desgraciada que tramábase en la sombra algún cruel acontecimiento que la amenazaba. El instinto materno la prevenía que ella no debía ser la víctima, sino la criatura, que aún llevaba en las entrañas. Esperaban, sin duda, que el pobre pequeño viera la luz, y entonces pasaría algo terrible, que no podía preveer, pero cuyo pensamiento la hacía temblar.

Exagerados eran los temores de Blanca: la soledad en que vivía exaltaba sus ideas y levantaba en su imaginación visionamientos horribles. Cazalis no era hombre para comprometerse inmolando á un niño: deseaba sencillamente, que desapareciera lo más pronto posible, el heredero de Blanca. He aquí el plan que había formado y las razones que le impelían á emplear tales medios.

Blanca, á la muerte de su padre, se había encontrado en posesión de varios centenares de miles de francos. Entonces tenía diez años.

Retiróse en casa de su tío, el cual, fué nombrado tutor, y administró su hacienda. No la perjudicó mucho, pero al ver tanto oro en su poder, perdió la cabeza, desplegó gran lujo y derrochó casi enteramente lo que él mismo poseía. Cuando la fuga de su sobrina con Felipe, tuvo un miedo atroz de verse obligado á dar cuentas de la tutela, pues habría caído en la miseria si le quitaban aquel dinero de entre las manos. Hacía varios meses que pagaba todos sus gastos con las rentas de la sobrina. Mientras la tuvo en su poder, no experimentó temor alguno, pero cuando la fuga de los dos amantes, lo que más le aterró fué el pensamiento de un matrimonio entre Blanca y Felipe: conocía el carácter del muchacho, el cual, le obligaría á devolver hasta la última moneda de oro.

Hete aquí que su sobrina se encuentra embarazada. Sus cálculos fracasaban. El heredero de Blanca sería más exigente que su madre. Cazalis empleó todos sus esfuerzos para arrastrar á Felipe al poste de la infamia; habría querido poder privar á su hijo, antes que naciera, de los derechos civiles. Cuando supo que Felipe se había fugado, su inquietud se cambió en terror: era un hombre arruinado.

Tales eran los temores que le habían persuadido á encerrar á Blanca en la casita de la costa. Quería aislarla de los Cayol, encontrarse presente al nacimiento del pequeño y apoderarse de él.

Alguna vez casi sentía una satisfacción porque su sobrina había cometido una falta irremediable. Si se casaba, habría debido dar cuentas de tutela: ya no podía casarse, entraría en un convento para llorar su vergüenza. Toleraba las visitas de Chastanier porque esperaba que eso mismo le aconsejaría el viejo sacerdote.

Una vez la madre en el convento, Cazalis se encargaría del niño, lo haría criar de manera que también abrazara el estado religioso.

Conocido el plan de Cazalis, todo se comprende fácilmente.

Iba cada día con un facultativo para hacerse cargo del estado de Blanca. Cuando se atrevía ésta á formular alguna tímida queja por el modo con que estaba encerrada, el tío se arrebatava, hablaba del honor de la familia, la hacía ruborizar gritando que debía sepultarse en una tumba para ocultar á todos su deshonor. Deseaba concluir, tenía

prisa de volver á París á donde lo llamaban los trabajos de la Cámara, que estaba en plena sesión, pero no quería alejarse hasta haber entregado en manos seguras al recién nacido.

Cada día, la señora Lambert le daba cuenta exacta de lo que había pasado durante su ausencia. El preguntaba sobre todo si no había visto á nadie rondar en derredor de la casa.

El aya asegurábale que no, y empezaba á creer que no le disputarían el niño.

Gran alegría experimentó cuando una mañana le anunciaron que su sobrina, daría á luz en aquella misma noche.

Blanca oyó tales palabras, aunque fueron pronunciadas en voz muy baja. Al salir su tío y el médico de la habitación, arrastróse hasta llegar á la ventana, y entonces suéltó al postigo un trapo blanco.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR. 1922 MONTERREY, N. L.

III

En que se ven los efectos producidos por un trapo blanco

Es preciso, para la inteligencia de los acontecimientos que iban á sucederse describir en pocas palabras la casita de la costa. Ofrecía una singularidad de construcción bastante extraña; tenía dos puertas una en la fachada principal, que llevaba á pie llano á las habitaciones del piso superior. Apoyábase la casa en una peña, de manera que el primer piso, visto desde el interior de las tierras, parecía un cuarto bajo.

La habitación de Blanca, cuyas ventanas daban al mar, estaba en lo alto, á la izquierda de la escalera.

Contigua había otra más reducida, que servía de tocador, en la que se abría la puerta trasera. Una mohosa cerradura aseguraba la puerta, que tal vez no había sido abierta hacia veinte años. Perdióse la llave, por allí nadie pasaba. Cazalis, cuando compró la casa, no se ocupó de aquella salida.

Algunas semanas antes de su alumbramiento, Blanca, buscando en el suelo un alfiler que se le había caído, encontró en una rendija, entre el entarimado y la pared, una llave, que despertó su curiosidad. Lo que primero se le ocurrió, fué, que aquella llave debía ser la de la puerta cerrada desde tantos años, y no se equivocaba: la llave abrió y Blanca, empujando la puerta, pudo echar una mira

á la campiña. Ocultó su hallazgo, no habló á nadie de tal cosa, pues un misterioso instinto la avisaba que ya tenía en sus manos un medio de salvación.

El día en que debía dar á luz, después de haber atado un trapo blanco al postigo de la ventana, sacó la llave del cajón en que la había ocultado, luego volvió á acostarse y la deslizó debajo de la almohada.

Tan pronto como Cazalis supo que el alumbramiento tendría lugar aquella misma noche, resolvió establecerse en la casa y no abandonarla hasta haberse hecho cargo de la criatura. Obligó al doctor á permanecer también, hizo venir á la comadrona, envió á Marsella á buscar á una ama de cría, comprometida desde mucho tiempo; era una persona que le pertenecía, en cuya fidelidad podía descansar.

Llegó la noche. Cazalis fué á sentarse á orillas del mar, mirando las sombras, que iban y venían, á través de los cristales iluminados de la casita.

Blanca sufría mucho. Por un momento, el médico y la comadrona creyeron que iba á sucumbir. Los pesares habíanla debilitado al punto que la sacudida del parto estuvo á punto de matarla. Por fin dió á luz un hijo, y no oyó su primer vagido: desvanecida, parecía muerta. Colocaron al niño á su lado, no había llegado aún la nodriza, y la señora Lambert corrió á avisar á Cazalis que todo estaba concluído y que su sobrina iba á morir.

Llegó apresuradamente el diputado, y le supo muy mal que no estuviera allí la nodriza. Contúvose, sin embargo: no quería que notaran su ansiedad el facultativo y la comadrona. En el fondo, poco le importaban los sufrimientos de su sobrina, pero debió mostrarse afligido y cariñoso al verla en aquel estado. Preguntó al doctor si aun había peligro.

—No creo,—respondió,—y me parece que puedo retirarme. La presencia de la señora bastará.

Indicaba á la comadrona.

Llegó la nodriza, excusándose por haber tardado, y el diputado le dió sus últimas instrucciones.

Luego entró en el dormitorio para coger al niño, pero vió que Blanca había recobrado el sentido y le miraba fijamente. Sin embargo alargó la mano

Incorporóse la joven y estrechó á su hijo contra su pecho.

—¿Qué queréis?—preguntó al diputado con voz ahogada.

—Ha llegado la nodriza,—respondió.—Ya sabéis lo convenido.

Pocos días antes del alumbramiento, Cazalis le había dicho que, por el honor de la familia, era necesario alejar al hijo de Felipe desde su nacimiento. Como siempre, había consentido, pero esperaba que podría guardar al recién nacido á lo menos veinticuatro horas, y en eso fundábase su plan para salvarlo. Oyendo, pues, á Cazalis, exigir que en el acto le entregara al niño, todo lo creyó perdido.

—¡Por favor,—gritó,—dejádmelo hasta mañana!

—Me pedís un imposible,—replicó Cazalis, tratando de hablar bastante bajo para que no le oyera la comadrona.

—Mañana os lo entregaré.

—Más vale acabar en seguida. Dadle un beso y entregadle á la nodriza.

—No, se quedará conmigo me estáis matando, señor.

Intervino la comadrona, diciéndole, que en efecto, iba á matarla si persistía. La mujer lo había oído todo.

—¡Bueno!—exclamó el tío enojado.—Mañana lo entregaréis á la nodriza.

Blanca colocó al niño á su lado, feliz por la victoria alcanzada. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los párpados, fingiendo dormir.

Poco después, se retiraron la comadrona y la señora Lambert para ir á descansar. Un instante más permaneció Cazalis, y mirando á la criaturita, pensaba que aquel diminuto sér era su peor enemigo.

Salió por fin del dormitorio.

Sola ya, incorporóse Blanca, cogió la llave de debajo de la almohada y arrastróse vacilando, apoyándose en los muebles, hasta la puerta, que abría paso á la parte trasera de la casa. Introdujo la llave en la cerradura y abrió. Entró Josefina.

La carta que le había entregado contenía estas líneas: «Necesito vuestro desinteresado cariño. Cuando sea necesario que os llame en mi socorro, colgaré un trapo blanco al postigo de mi ventana. Os espero hacia la una de la madrugada, la noche siguiente á mi alumbramiento. Colo-

caos en la puerta falsa detrás de la casa. Me habréis salvado.»

Josefina comprendió en seguida que se trataba del hijo de Felipe. Mario le aconsejó obedecer puntualmente.

Desde el día siguiente, la ramilletera, apostó á un muchacho en la playa, á cien metros de la casita, el cual, tenía mandado avisar tan pronto como viera la señal.

Pasaron ocho días: por fin apareció el trapo, y el niño corrió en seguida á Marsella.

Por la noche, Josefina y Mario llegaron en un birlocho á San Enrique. Lo dejaron en la aldea y adelantaron á pie hacia las peñas, en cuyo centro estaba la casita. El permaneció oculto á pocos pasos de la puerta consabida y Josefina se colocó delante esperando.

Una vez abierta la puerta, Blanca cayó desmayada en sus brazos. Llevóla la ramilletera á la cama, cubriendo sus miembros ateridos. Corrió luego el cerrojo de la puerta, que daba á la escalera, para que nadie pudiera sorprenderlas.

Blanca, no tardó en volver de su desmayo. Abriendo los ojos, vió á Josefina, y la abrazó con júbilo.

Después la ramilletera vió al niño, le cogió en sus brazos y le besó con ternura.

—¿Le queréis mucho?—preguntó Blanca.

—Muchísimo, como si fuera mío.

—Escuchad. Poco tiempo tenemos. Pueden subir, sorprendernos. En pocos días, una vez restablecida, abrazaré la vida religiosa. Os dejo lo que más aprecio en el mundo. Os amo como á una hermana; ¿queréis ser la madre de este angelito?

—Yo sí: con alma y vida.

—Ocúltadle bien, en un sitio ignorado por todos.

—¿Que teméis alguna asechanza contra él?

—Creo que mi tío aborrece á este inocente.

—Permitidme que os haga una pregunta: ¿es cierto que poseéis una importante hacienda, administrada por el señor Cazalis?

—Cierto, pero nunca he pensado en ello.

—Mientras vuestro hijo esté con nosotros, nada le faltará, pero no queráis privarle de su herencia, la cual, puede serle muy útil en el porvenir.

—¿Qué he de hacer?

—Antes de entrar en un convento, pedid cuentas al señor Cazalis.

—Nunca me atreveré.

—Los intereses de vuestro hijo exigen este sacrificio.

—No podré; me faltará valor.

—Ya que vos no podéis, dejad á otros este cuidado, pero guardáos muy mucho de firmar acta alguna de venta de vuestras propiedades... cuando os restablezcáis, me entregaréis los papeles necesarios para probar la identidad de vuestro hijo... Así, llegando la hora, podremos hablar muy alto.

Blanca parecía oprimida por tales cuestiones de interés. Viéndola triste, desalentada, Josefina dijo:

—Si hablo de esto, es porque hay un hombre que tiene derecho sobre este niño. Un día velará él mismo por sus intereses... Quiero darle cuenta de mi misión y medios para cumplir la suya.

Blanca rompió á sollozar.

—Decid á Felipe que siempre lo amé,—dijo,—que por su amor voy á encerrarme en un convento, joven como soy, decidle que trabaje para la dicha de nuestro hijo.

Josefina oyó pasos en la escalera. Envolvióse en el mantón y cogió al niño. Blanca fué tras ella, costándole un esfuerzo terrible separarse de su hijo, pero el miedo triunfó. Abrió la puerta y volvió á cerrarla cuando Josefina hubo salido.

Apenas tuvo tiempo para descorrer el cerrojo de la otra puerta y acostarse de nuevo. Su tío entró de puntillas.

IV

Cómo el señor de Cazalis estuvo á punto de perder la cabeza perdiendo al hijo de su sobrina

Habíase amodorrado Cazalis en el cuarto bajo, en una sala debajo del dormitorio de Blanca. Medio dormido, parecióle varias veces que anduviesen en el piso de arriba. Un ruido más distinto le despertó por completo. Levantóse lleno de sospechas, y quiso asegurarse de si soñaba ó lo que había oído era realidad.

Temía tan sólo que Blanca se hubiera levantado para escribir una carta y avisar á los amigos que tenía fuera de la casa.

No se le ocurrió que alguno podía haber entrado en la casa, pues había vigilado la puerta como un perro de guarda.

Subió para espiar á su sobrina. Como no oyó nada, empujó levemente la puerta y echó una mirada al interior. A la pálida luz de la lamparilla de noche, vió á Blanca, con los ojos cerrados, que parecía dormir profundamente. Alentado por el silencio que allí reinaba, quiso tranquilizarse haciendo una minuciosa visita; primero registró el tocador, y nada vió sospechoso; volvió al dormitorio y miró inútilmente. Ya sonreía de sus pueriles temores cuando un pensamiento le hirió el cerebro. Refrenó un grito. No había visto al niño.

Aunque había mirado en todos los rincones, púsose nuevamente á buscar. Sacudió la cama brutalmente sin que Blanca abriese los ojos. Tampoco, por este detalle, comprendió que la recién parida fingía dormir. Una angustia terrible turbaba su espíritu, y, desesperado, acabó por dar vueltas como una fiera, ocupado por un sólo pensamiento: el de no encontrar al niño.

Inclinábase, miraba debajo de los muebles, imaginaba que su sobrina hubiese escondido á la criatura para volverle loco.

Durante un cuarto de hora, fué revolviéndolo todo con rabia, buscando diez veces en el mismo punto, no pudiendo dar fe á la terrible verdad.

Cansado al fin, adquirida la certeza de que el niño no estaba ni en la habitación ni en el tocador, colocóse delante de la cama donde Blanca yacía sin hacer movimiento alguno. Contempló con aire estúpido el sitio en que se había encontrado el pequeñuelo, cuando se separó de su sobrina. Y repetía maquinalmente:—Estaba allí, estaba allí, y ahora ya no está.—Este pensamiento resonaba en su cabeza como un eco doloroso.

No buscó explicación de aquel hecho incomprensible, y el miedo le hizo ver, como á la luz de un relámpago, todas las consecuencias del hecho.

Sin embargo comprendió que su sobrina debía haber prestado su concurso al robo del niño, y estuvo á punto de pegarla.

—¿Qué habéis hecho del niño?—preguntó con voz sorda.

Abrió los ojos Blanca, pero tal era su espanto que no pudo responder.

—¿Qué habéis hecho del niño?—repitió Cazalis con voz aun más ahogada.

Balbuceó, todavía no pudo hablar la joven. Entonces su tío la acusó é injurió brutalmente.

—No sois de mi sangre,—gritó;—os maldigo. Debía dejaros entre las manos de aquel galopín, que os había robado. Eráis su digna compañera... ¡Cómo! ¡conspiráis con nuestros enemigos, receláis de mí y preferís confiar vuestro hijo á esa familia de descamisados! ¡No lo neguéis! todo lo adivino... Sois una mala hembra. Después de haber deshonrado nuestro nombre, no teméis entregarnos á

vuestro amante. Me he equivocado: debía ver que tenéis un corazón de sierva, y no mezclarme en esos sucios negocios... Deseo que hagan un pillo de vuestro hijo, un canalla como ellos, un pordiosero, el cual algún día vendrá á nuestra puerta y que yo echaré.

Así continuó hablando un cuarto de hora y fué tan grosero, que Blanca replicó:

—Habéis adivinado, señor; he entregado á mi hijo á las personas á quienes pertenece. No tengo que explicar mi conducta, y ahora vais más allá de los derechos que podéis tener sobre mí... Además, mi resolución está tomada: tan pronto como me restablezca, entraré en un convento para profesar, y seremos extraños el uno para el otro. Dejad pues de injuriarme.

—¿Por qué no me habéis dejado al niño, que habría amado como á un hijo mío?—replicó Cazalis.

—He obrado según mi corazón,—continuó ella,—no me interroguéis, no puedo contestar... Consiento en olvidar vuestras injurias, y os doy las gracias por haber cuidado mi infancia: más no puedo hacer... Me habéis casi matado, señor. Dejadme.

El tío comprendió que había ido demasiado lejos. Tuvo miedo de que su sobrina adivinara los motivos de su cólera. Le dirigió una pregunta peligrosa.

—Hay entre nosotros,—balbuceó,—cuentas que arreglar.

—No hablemos de tal cosa,—respondió Blanca.—No tengo ni fuerza ni voluntad para ocuparme de eso... Ya lo he dicho, yo he muerto y nada necesito. Por lo que toca á mi hijo, más tarde hará valer sus derechos, si así lo desea. He entregado sus intereses á manos honradas... Os prevengo solamente, que aquellos á los cuales acabáis de hablar tan brutalmente, están decididos á resistir si os opusierais á mi voluntad... Ahora, por favor, dejadme.

Blanca, satisfecha por haber triunfado, se durmió tranquilamente.

Cazalis estuvo vacilante un instante; luego, no encontrando nada que añadir, se retiró. La desgracia que acababa de sucederle no tenía remedio. Sin embargo, aun prefería un peligro lejano á uno inmediato: los niños no crecen en un día, y pensaba que tendría tiempo para ampararse contra revelaciones: valía más callar y esperar.

Más tarde, habiendo ya profesado la madre, podría buscar al hijo y apoderarse de él. No ignoraba que Felipe había huído á Italia, y sacaba la consecuencia que el recién nacido había sido entregado al hermano del fugitivo: en derredor de Mario dirigiría pues sus pesquisas.

Por de pronto fué á París, donde le llamaba su mandato de diputado. Evitaba de esta manera los malos consejos de la cólera y podía reflexionar cómodamente en el plan que debía de seguir.

V

En que Blanca se despide del mundo

Tres semanas quedó en cama la recién parida, entre la vida y la muerte. Las profundas emociones experimentadas en la noche de su alumbramiento, determinaron una terrible calentura, á la cual poco faltó para que no sucumbiera. Durante aquellas tres semanas de agonía, nunca se separaron de ella Josefina y Chastanier. Cazalis, antes de partir, había despedido á la señora Lambert, inútil ya, y la puerta de la casita quedó abierta para la ramilletera. Ninguna enfermera cuidaba á Blanca, su tío habíase contentado con entregar á su sobrina en manos del viejo sacerdote, seguro que al volver á Marsella, la encontraría sepultada en algún convento.

Poco á poco Blanca se restableció; los tiernos cuidados que recibía, los saludables aires del mar que penetraban libremente por las ventanas, la obligaron á vivir á pesar suyo. Anunciándole el médico que estaba salvada, dirigió á Josefina una triste sonrisa.

—Mejor me habría encontrado en la huesa,—dijo.—Es preciso pues sufrir aún.

—¿Queréis callar?—exclamó la joven.—Los muertos tienen frío. Amad, haced el bien y tendréis una vida feliz.

—Razón tenéis; olvidábame que puedo aliviar las miserias de los desgraciados y encontrar así yo misma algún consuelo.

Llegó el día en que Blanca habló claramente á Chastanier de la firme voluntad de entrar en un monasterio.

—Hija mía,—respondió el sacerdote;—tal decisión es grave. Antes de dejaros sujetar con lazos eternos, tengo que recordaros los bienes que abandonáis...

—Todo es inútil,—interrumpió la joven;—mi resolución es irrevocable. A todo renuncio de buena gana. Ayudadme más bien en el deseo que experimento de consagrarme á Dios.

—Ya pensé en la elección que pudiérais hacer, y lo mejor me parece la orden de las Carmelitas.

—¿Están enclaustradas?

—Sí, llevan vida contemplativa.

—Tal vez sería cobarde buscando así la calma sin trabajar en pro de los desgraciados. No pudiendo cuidar de mi hijo, cuidaré de los hijos de los pobres. Padre mío, quiero ser hermana de San Vicente de Paul.

Chastanier quiso oponerse, pensando que Blanca era demasiado delicada para sobrellevar las fatigas que aquellas santas mujeres toleran en los hospitales y en las casas de huérfanos, pero tuvo que ceder.

Prometió dar los pasos necesarios, y pocos días después anunció á Blanca que sus votos iban á ser cumplidos.

La víspera del día en el cual abandonaría la casita, manifestó llorando el deseo de ver á su hijo.

Chastanier, le respondió:

—Muy legítimo es tal deseo. Josefina os llevará á San Bernabé, á la casa de Ayasse.

Llegaron á la puerta las dos jóvenes, y como Blanca vacilase, la ramilleteira dijo:

—Entrad: allí está vuestro hijo.

Tan pronto como hubo dado tres pasos en la primera habitación, se encontró delante de una cuna. El niño dormía, y su madre estuvo contemplándole largo rato sin despertarlo.

Ya anochecía. Blanca depositó un beso en la frente de su hijo.

Lloraba, y sus lágrimas ardientes despertaron á la criatura, que alargó sus bracitos quejándose. ¿No era el deber de una madre quedarse á su lado? ¿Tenía derecho á refugiarse en el seno de Dios? Tuvo miedo de ceder á ocultos deseos, á esperanzas locas. Pensó que había pecado, qu

era preciso sufrir el castigo; creyó oír una voz, que le gritaba:—Tu castigo será verte privada de las caricias de tu hijo.—Y huyó sollozando, después de haber dado mil besos á la dulce prenda, que se condenaba á no volver á ver jamás.

Desde entonces murió la joven á todos los amores, acababa de romper el último lazo que al mundo la sujetaba. Esta suprema crisis la libró de la carne: quedó toda espíritu.

Volviendo á Marsella, entregó á Josefina los papeles, que probaban la identidad de su hijo. Al día siguiente, partió para una pequeña ciudad del distrito del Var, donde entró en un asilo de huérfanos, como había deseado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1909, 1625 MONTERREY, MÉXICO

VI

Un aparecido

Pasaron dos años. Desde los primeros meses, Mario casóse con Josefina y con ella fué á establecerse en un reducido cuarto, abrigado y discreto, del boulevard Bonaparte.

El señor Martelly, el cual firmó el contrato, proporcionó el dote de Mario interesándolo en los negocios de su casa; ya no lo miró como á un empleado, sino como á un socio, el cual llevaba por capital su inteligencia y su actividad. Por su parte, Josefina abandonó el kiosco del cours de San Luis, para consagrarse por completo á las faenas domésticas; pero, como quería seguir ganándose la vida, hizo, en sus ratos libres, flores artificiales, á las que sabía dar la gracia y la frescura de las naturales. A veces, cuando elogiaban su habilidad, suspiraba, pensaba con melancolía en sus ramos frescos y perfumados del pasado y decía:

—¡Si viérais las rosas del Señor!

Fueron aquellos dos años de tranquila felicidad. El joven matrimonio vivió como en un nido de musgo tibio y oculto.

Sucedíanse los días todos igualmente dichosos, llenos de una dulce monotonía. Hubiesen querido los dos esposos que así se les alargara delante la eternidad, llevando á cada hora los mismos besos y las mismas alegrías.

Por la mañana, Mario iba á su oficina; Josefina colocábase delante de su mesita, redondeando tallos, estampando pétalos, creando con sus ligeros dedos delicadas flores de muselina.

Por la noche, se iban los dos por las calles ruidosas, y llegaban á orillas del mar, por el lado de Endoume.

Pasaban los domingos en el campo. Iban á ver al niño de Felipe. Eran los padrinos y le habían puesto el nombre de José.

El niño llamaba mamá á Josefina.

Ya andaba solo y empezaba á hablar la graciosa media lengua propia de su edad.

No echaban en olvido al fugitivo ausente: ocupábase Mario con actividad para alcanzarle el indulto. Experimentaba en sus esfuerzos una sorda resistencia, pero no renunciaba á la esperanza.

Cambiaba cartas con Felipe, exhortábalo á tener valor y sobre todo á no arriesgarse á volver á Francia.

Un domingo, de noche, volviendo Mario y Josefina de San Bernabé, unos vecinos les dijeron que un hombre había ido varias veces á preguntar por ellos.

Ya iban á acostarse, después de haber tratado en vano de adivinar quién podía ser, llamaron levemente á su puerta.

Mario fué á abrir y quedó estupefacto.

—¡Tú!—exclamó con voz de espanto.

Acudió Josefina y reconoció á Felipe que la abrazó, después de haber abrazado á su hermano.

—Soy yo,—respondió,—me habría muerto si no vuelvo.

—¡Ay, qué locura!—exclamó Mario.

—Me esconderé mientras sea necesario.

—¿Por qué no avisar? Habría tomado precauciones.

—No me habrías dejado volver. ¿Y José?

Mario, conmovido le dió amplias y satisfactorias noticias. Luego meditó el modo de ocultarlo en Marsella para que pudiese esperar el indulto al lado de su hijo.

Lo primero fué que se afeitara, lo que produjo notable cambio en su fisonomía. Le hizo poner un traje de artesano, y le colocó de mozo de almacén en casa de Cadet, sucesor de Sauvaire. Ya se entiende que no le cargaría trabajo alguno, dejándole pasearse por el puerto.

Pero, ya al segundo día, Felipe quiso trabajar, y se encargó de dirigir ciertas faenas y vigilar las operaciones de embarque de mercancías.

Pasó un año, y una noche, llegando á casa del jardinero Ayasse, creyó ver detrás de sí á un hombre alto y seco, que le seguía desde el puerto. Las alegres risas de acogida de José le hicieron olvidar tal incidente. Si hubiese vuelto la cabeza, habría visto que el hombre alto y seco le espiaba sin tregua.

VII

**En que el señor Cazalis quiere abrazar
á su sobrinito**

En los tres años que habían transcurrido desde que nació el hijo de Felipe y Blanca, habían tenido lugar importantes cambios en la existencia del señor Cazalis. No había sido reelegido en las últimas elecciones, y habíase fijado en Marsella. Este fracaso, debido á la impopularidad ocasionada por la causa Cayol, no pareció entristecerle mucho. La verdad, prefería velar por sus asuntos que por los del país; bastantes cuidados tenía para los golpes que le amenazaban sin encargarse de un mandato, que le obligaba á permanecer en París varios meses del año.

Instalóse en su palacio del cours Bonaparte é hizo de modo que le olvidara la ciudad entera.

Dejó de salir en coche, de salpicar á los pacíficos comerciantes; hizo todo lo posible para pasar inadvertido, y logró en algún tiempo llegar á ser un desconocido para la mayoría. Su sueño dorado era asegurar á la mayor brevedad su sosiego, y luego irse á París y derrochar la hacienda de su sobrina.

Conformábase con aquella vida oculta y triste por prudencia. Debía estudiar su posición y buscar la impunidad antes de derrochar los bienes que no le pertenecían.

Estaba poseído de un delirante deseo de satisfacerse des-